

# Héctor P. Agosti, intelectual y político

Adriana Petra\*

Luego del golpe de 1955, el Partido Comunista Argentino (PCA) no fue ajeno al proceso de contestación generacional e impugnación ideológica que tuvo al espacio liberal, y con éste a las izquierdas "tradicionales", como centro de una profunda mutación de la identidad política de los intelectuales, cuya relectura del peronismo fue acompañada de un notable proceso de modernización cultural y una apertura hacia nuevos horizontes teórico-políticos donde el marxismo podía articularse con el existencialismo, el nacionalismo y, Revolución Cubana mediante, la lucha armada. En este contexto de reorganización ideológica e institucional, en el marco del cual el comunismo perdió el monopolio del saber marxista que hasta entonces detentaba y debió enfrentarse a una profunda crisis de identidad, el espacio cultural ligado al partido se diversificó, distanciándose de la hegemonía de la cultura ruso-soviética y adoptando un dinamismo que no poseía desde la década del '20 y que se tradujo en la proliferación de emprendimientos y revistas culturales animadas por comunistas o simpatizantes. En este periodo, la figura del ensayista Héctor P. Agosti se vuelve central, pues al menos por un puñado de años consiguió articular y canalizar en torno a su figura, las presiones revisionistas de los nuevos intelectuales comunistas, ofreciendo una reflexión sobre el lugar de los intelectuales en el partido y, en general, en los procesos de cambio social, que superaba ampliamente el tono administrativo e instrumental con que el partido solía tratar con los temas culturales.

En el marco de su disputa contra los sectores partidarios más definitivamente apegados a las codificaciones estalinistas en materia cultural, Agosti emprendió desde comienzos de los años '50 un proceso de renovación y ampliación del frente cultural partidario que se nutrió de las nuevas camadas de jóvenes intelectuales tanto de Buenos Aires como de las provincias, entre los que destacaron José María Aricó, Juan Carlos Portantiero y Héctor

Schmucler. Desde su ingreso, en 1952, a la revista oficial del partido, **Cuadernos de Cultura**, la política de traducciones volcada a la difusión del zhdanovismo se abrió hacia los aportes de intelectuales y dirigentes comunistas franceses e italianos, como Henri Lefebvre, Pierre Vilar, Palmiro Togliatti, Antonio Banfi, entre otros que irán ganando presencia en la publicación. Pero será la incorporación de las categorías gramscianas a sus propios análisis culturales, desde la publicación de su **Echeverría** en 1951, y su trabajo como editor y traductor de los **Cuadernos de la Cárcel** lo que definirá el trabajo intelectual de Agosti, así como la clave de lectura del Gramsci de los comunistas argentinos.

En ese artículo, nos proponemos repasar brevemente algunos momentos fundamentales de la trayectoria de Agosti en este periodo, recortando la atención sobre algunas intervenciones significativas en torno al problema de los intelectuales y la cultura, tópico central de su programa político-intelectual.

En el momento de máxima condensación de su ascendencia partidaria, la militancia comunista de Agosti ya recorría tres décadas, cuando en 1927, luego de las juveniles simpatías anarquistas, ingresa a la Federación Juvenil Comunista.<sup>1</sup> Él mismo relató su acercamiento al comunismo en una novela autobiográfica que nunca concluyó titulada "A veces lloro sin querer. Conversaciones con Hugo Lamel", escrita aproximadamente hacia el año 1954.<sup>2</sup> En este

\* CeDInCI-Universidad Nacional de San Martín (UNSAM)/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET), Argentina.

<sup>1</sup> Para un itinerario de Agosti consultar Samuel Schneider, **Héctor P. Agosti: creación y milicia**, Buenos Aires, Grupo de Amigos de Héctor P. Agosti, 1994; Arturo Zamudio Barrios, **Las prisiones de Héctor P. Agosti**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992. Para un acercamiento razonado sobre el itinerario de Agosti y el problema de los intelectuales ver Laura Prado Acosta, **Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1936-1963)**, Buenos Aires, Tesis de maestría inédita de la Universidad Nacional de San Andrés, 2010. Para un balance comprensivo sobre la figura de Agosti como intelectual de partido ver Alexia Massholder, **El Partido Comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti**, Buenos Aires, Luxemburg, 2014.

<sup>2</sup> Héctor P. Agosti, "A veces lloro sin querer (Diálogos con Hugo Lamel)", texto inédito perteneciente al Archivo HPA/CeDInCI, Caja 6, p. 24.



texto, que arranca con la muerte de su *alter ego* Hugo Lamel, seudónimo habitualmente utilizado por Agosti y que es un homenaje al revolucionario e intelectual cubano Antonio Mella (Lamel es un anagrama de Mella), relata su infancia en el barrio de Balvanera, entre las estrecheces económicas de una familia trabajadora y el primer acercamiento a la vida política a través de la militancia radical de su padre Rómulo, obrero pintor y letrista. El deambular infantil en la ciudad, su encuentro temprano con el mundo de los libros a través de las visitas a la Biblioteca Nacional de la calle México y con el cine al que accedía repartiendo volantes y barriendo la sala del biógrafo del barrio, aparecen en este texto con un tono definitorio, tanto en lo que concierne a la "sutilidad porteña" que definirá su estilo como ensayista y escritor, como al orgullo por esos orígenes plebeyos que en buena medida marcarán sus tomas de posición políticas e intelectuales. Ese niño reconcentrado y tímido se convertirá, con el tiempo, en un joven embuido de un "idealismo trascendental" que veía la política como un "ejercicio de moralidad". De allí su desprecio por la mansedumbre y la esclerosis de la vida intelectual argentina, donde "para ser escritor de importancia hace falta regresar de Europa, en primera clase naturalmente, y decir cuatro pavadas engoladas a los crónistas que esperar en el puerto" y su deslumbramiento por el "pathos" de personajes como Augusto César Sandino y Mella.<sup>3</sup>

En este texto, precisamente, Agosti explicará su propia autobiografía político-intelectual a partir del abandono, no sin sufrimientos, de una concepción "idealista" y "moralizante" sobre la política y la realidad americana que comienza a resquebrajarse por una sucesión de momentos clave: la participación en las manifestaciones en contra de la vista de Herbert Hoover a Buenos Aires, la asistencia a una conferencia conjunta de Rodolfo Ghioldi y Carlos Prestes en el Teatro Nuevo (él mismo lugar donde en 1918 José Ingenieros había alabado la Revolución Rusa), su adhesión a la Liga Antiimperialista y, fundamentalmente, el asesinato de Mella en México en enero de 1929.

El infausto suceso conmovió hondamente al joven argentino que recién se incorporaba al combate por los mismos ideales revolucionarios. Sentía gran admiración por su camarada cubano, a quien lo unía una profunda hermandad espiritual.<sup>4</sup>

Esta temprana afinidad es interesante leída en conjunto con la insistencia de Agosti en ponderar las "razones morales" que llevan a un intelectual a tomar conciencia de los procesos sociales, como un primer paso a su politización. Tanto este tópico, como el lamento por una sociedad que mostraba una profunda desconsideración hacia sus intelectuales, incluso dentro de los partidos de izquierda, se mantuvo en todas sus reflexiones sobre el tema.

Pero insisto en la tonalidad moral porque es esa, evidentemente, la insatisfacción de Hugo tomada aquí como signo de

una conciencia colectiva; esa insatisfacción es el primer signo hacia una rebeldía que acaso pueda llegar a ser revolución. Sé muy bien qué clase de objeciones se levantarán a esta altura de la crónica. Algunos dueños de recetas dirán, seguramente, que esa insatisfacción es inexplicable existiendo en el país un partido de la clase obrera. Yo no quiero discutir ahora ese simplismo, bien que yo mismo lo practicara en mis réplicas a Hugo. Pero algo debía existir sin duda en la trama de nuestros datos sociales para que el partido de la clase obrera no alcanzara a convertirse todavía en el centro insipirador de la vida nacional. Se puede decir (y en cierta medida es justo decirlo) que algunas manifestaciones de la insatisfacción, el surrealismo pongo por caso, constituyen derivados del mismo orden social que determina la insatisfacción. Pero lo son en el conjunto del proceso histórico general y no en la actuación individual (por lo menos en los instantes iniciales), a menos de pensar que la humanidad está constituida por farsantes que voluntariamente se cubren de ignominia. Esta insatisfacción es la condición dramática de la inteligencia: cuando Neruda escribe *Residencia en la tierra* está mostrando al desnudo, dolorosamente, las raíces de su perplejidad insatisfecha; sólo la estupidez crítica podría ver allí la cima de una podredumbre existencialista en lugar de ver el padecimiento de una existencia desgarrada por un medio social colmado de mezquindad. No quiero hacer comparaciones infelices; no quiero establecer paralelos. Anoto, simplemente, ese hecho de la insatisfacción, episodio primero de la rebeldía intelectual, que suele mirarse con suficiente simpleza. Hugo fue un ejemplo típico de semejante insatisfacción.<sup>5</sup>

En 1929 Agosti asiste como secretario de Victorio Codovilla, histórico líder del PCA, a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana y el mismo año ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la que abandona tiempo después dejando sin entregar una tesis dedicada a las contradicciones de la ética idealista. Para ese momento, ya formaba parte del círculo de jóvenes que rodeaba a Aníbal Ponce, del que se consideraba su principal discípulo y de quien adoptará los rasgos más salientes de su interpretación sobre el pasado argentino y, fundamentalmente, sobre la función de la inteligencia en los procesos de cambio social. Antes de abandonar la facultad, Agosti es elegido presidente de la Federación Universitaria Argentina y participa en la Fundación del Grupo Universitario Insurrexit, ala izquierda del movimiento reformista. Su primer obra de aliento, *Crítica de la Reforma Universitaria*, es anunciada por Aníbal Ponce desde las páginas de *Dialéctica* y finalmente publicada en la revista del Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), *Cursos y Conferencias*. En 1930, el joven Agosti ingresó al Comité Central del PCA, del que es separado tiempo después acusado de no oponerse con suficiente firmeza a los socialistas y radicales, en ese momento considerados socialfascistas. Un año después sufre la primera de una saga de detenciones que lo mantienen entre el exilio montevideano y la cárcel hasta 1937, cuando recupera la libertad luego de una extensa campaña pública de la que partici-

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>4</sup> Agosti escribió un sentido perfil de Antonio Mella bajo el título "Mella o la voz de América" y lo incluyó en su primer libro *El hombre prisionero*, Buenos Aires, Claridad, 1938.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 27-28

paron los más importantes intelectuales del país. Entre 1938 y 1940 dirige la hoja literaria del periódico **Orientación** y publica su primer libro, **El hombre prisionero**.

Hasta su clausura luego del golpe militar de 1943, Agosti participa activamente de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), de la que llega a ser secretario general y director de **Nueva Gaceta**, periódico de una de las más importantes organizaciones antifascistas argentinas. A partir de su labor en el movimiento antifascista, se convierte en el intelectual público más importante y requerido del partido, iniciando una larga saga de conferencias y presentaciones en el interior del país. Luego del golpe de junio, se exilia en Montevideo junto a otros dirigentes comunistas, entre ellos Rodolfo Ghioldi, con quien dirige el periódico **Pueblo Argentino**. A través de la editorial del comunismo uruguayo Pueblos Unidos, publica **Defensa del realismo**, uno de sus libros más importantes y el primero que le valió un reconocimiento internacional de la mano del filósofo francés Henri Lefebvre, quien lo elogió con vehemencia.<sup>6</sup>

### Echeverría: entre Gramsci e Ingenieros

La colaboración entre comunistas, socialistas y liberales en el frente intelectual antiperonista tuvo su punto culminante con la campaña de conmemoración del centenario de la muerte de Esteban Echeverría. Impulsado por Agosti desde su puesto en la secretaría de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), el homenaje al poeta y mentor de la Generación del 37 aglutinó a un amplio espectro de intelectuales de diversas tradiciones políticas y fue la oportunidad para reflotar los vínculos de la sociabilidad antifascista en un desafío abierto al gobierno de Perón, que venía de conmemorar con gran despliegue oficial el centenario de la muerte de José de San Martín. La Comisión de Homenaje a Esteban Echeverría fue presidida por el ensayista liberal Carlos Alberto Erró, secundado por el filólogo Jorge Furt y el escritor e historiador Julio Aramburu, y la integraron un elenco de escritores e

intelectuales que incluía a María Rosa Oliver, Raúl Soldi, Roberto Giusti, Arturo Capdevilla, entre otros.

Entre los varios libros que se publicaron en ocasión del homenaje al autor del Dogma Socialista, se encontraba Echeverría, de Héctor P. Agosti.<sup>7</sup> El argumento central recuperaba una idea transitada: el proceso histórico argentino debía caracterizarse como una “revolución interrumpida” a causa de la incapacidad de la burguesía de dar respuesta al problema de la tierra y así integrar a las masas rurales a un proyecto nacional.<sup>8</sup> Valiéndose de las reflexiones de Antonio Gramsci sobre el Risorgimento italiano, Agosti dirá que la burguesía argentina adoleció de un “jacobinismo a medias” que le impidió consumir un programa de unificación nacional que superara la disgregación feudal, estableciera una economía capitalista e imprimiera una dirección progresista al conjunto de la sociedad. Débil y temerosa de las masas populares, la incipiente burguesía comercial porteña terminó derrotada por los caudillos porque fue incapaz de alzarse como clase dirigente del conjunto de las fuerzas sociales nacionales y consumir un estado moderno. Este fracaso arrastró tras de sí a los grupos intelectuales que se hallaban unidos a ella y, entre estos, la única elaboración político-intelectual posterior a la Independencia que fue capaz de pensar el problema de la formación de una nación moderna: la Generación del ‘37 y, sobre todo, Esteban Echeverría. Al no poder generar un partido político propio que articulara programáticamente su equidistancia de las facciones en pugna, el problema de esta generación de intelectuales no fueron sus ideas, dirá Agosti, sino el suicidio histórico de la clase que procuraba adiestrar con sus lecciones.<sup>9</sup>

En una de las más interesantes interpretaciones del programa político-intelectual de Agosti en el seno del comunismo argentino, José María Aricó definirá esta lectura como un particular ejercicio de “traducción errónea” en tanto se fundaba en el establecimiento de una “analogía” entre los procesos históricos analizados por Gramsci para Italia y la situación argentina.<sup>10</sup> Gramsci, explica el autor de **Marx y América Latina**, no se propuso asimilar el caso italiano al modelo de la revolución francesa, sino, por el contrario, determinar las condiciones particulares que imposibilitaron la audacia jacobina entre las fuerzas políticas que se disputaron la dirección del proceso de unificación. Agosti, sin embargo, trasladó los conceptos gramscianos a una realidad que carecía de los elementos a partir de los cuales aquellos conceptos habían sido pergeñados, postulando clases y fuerzas sociales (la burguesía, el campesinado) que en realidad no existían y ofreciendo en consecuencia una lectura sobre el pasado argentino fuertemente ide-

<sup>6</sup> El libro de Agosti llegó a las manos del filósofo francés por intermediación de Antonio Berni, a quien lo unía una amistad que se remontaba a la década del 30, en ocasión del segundo viaje a París del pintor argentino. En el momento del encuentro, Lefebvre venía de una amarga experiencia intelectual con la supresión, por las autoridades del PCF, de la **Revue Marxiste**, de la que también participó Paul Nizan y buena parte de los miembros del grupo Philosophes. Lefebvre le envió una elogiosa carta a Agosti y este la incluyó como prólogo a la segunda edición de **Defensa del Realismo** por la editorial Quetzal. Allí afirmaba: “Pocos textos se han escrito más serios, más profundos que esas líneas. Le confesaré que se adelantaban a casi todo cuanto se escribía en Francia por esa época (1949-50) y que estaba impregnado de una especie de subjetivismo vulgarmente sociológico: un subjetivismo de clase. De esa manera hemos conducido, usted y yo, conociéndonos muy poco, y de manera independiente, la misma lucha por la objetividad profundizada del arte nuevo” (1955, p. 9). En 1958 Lefebvre fue expulsado del PCF y pasó a integrar el equipo de la revista “revisionista” **Arguments**, donde también escribían otros comunistas discolos como Edgar Morin, y comenzó a desarrollar un mayor interés por los fenómenos de alienación en las sociedades de consumo. Agosti retiró de las siguientes ediciones de **Defensa del Realismo** el prólogo que tanto orgullo le había deparado en su momento y comenzó a referirse al filósofo francés como un teórico neomarxista de inspiración anticomunista.

<sup>7</sup> Se publicaron Pedro Barreiro, **El Espíritu de Mayo y el revisionismo histórico: La visión política y social de Echeverría** (Buenos Aires, Antonio Zamora, 1951), Benito Marianetti, **Esteban Echeverría: Glosas de un ideario socialista** (Mendoza, s/d: 1951), Alfredo Palacios, **Esteban Echeverría: Albacea del pensamiento de Mayo** (Buenos Aires, Claridad, 1951), Delio Panizza, **A Esteban Echeverría** (Montiel, 1951), Tulio Halperín Donghi, **El pensamiento de Echeverría** (Buenos Aires, Sudamericana, 1951) y Nydia Lamarque, **Echeverría, el poeta** (Buenos Aires, s/d, 1951)

<sup>8</sup> Héctor P. Agosti, **Echeverría**, Buenos Aires, Futuro, 1951, p. 12

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>10</sup> José María Aricó, **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 49 y ss.



ológica que resultó políticamente impotente e históricamente falsa. Para Aricó, además, la insistencia de Agosti en la “falta de jacobinismo” de la supuesta burguesía argentina no solo era un anacronismo destinado a justificar la posición política de los comunistas (la revolución democrático-burguesa de carácter agrario y antiimperialista) sino el tributo que su antiguo maestro le rendía a una filosofía de la historia evolucionista y determinista que concebía que la experiencia europea podía replicarse en otras geografías y circunstancias históricas.

La idea de que las tareas de la Revolución de Mayo continuaban vigentes como un mandato irrealizado estaba presente en la imaginación histórica comunista al menos desde la década del '30, cuando obligado por las necesidades políticas de la estrategia frentepopulista el partido comience a construir un relato sobre el pasado histórico que tendrá en Mayo y los héroes culturales del liberalismo su punto de arranque e identificación. En esta operación de invención de una tradición para el comunismo local, la figura de José Ingenieros ocupó un lugar fundamental y fue el punto de partida para una interpretación particular del pasado argentino muy poderosa entre los intelectuales formados en la sensibilidad antifascista. Desde Aníbal Ponce hasta Agosti, pasando por Gregorio Bermann, Sergio Bagú, Raúl Larra, Emilio Troise y José P. Barreiro, “la noción ingenieriana de que el mandato revolucionario de Mayo había abortado en el proceso histórico argentino, y de que era necesario construir una nueva elite que lo llevara a destino, se volvía una potente ficción orientadora para quienes veían en el *fascismo criollo* al enemigo que nuevamente frustraba la concreción de ese ideal”.<sup>11</sup> En efecto, con **La Evolución de las Ideas Argentinas**, Ingenieros había propuesto tanto una periodización de la historia argentina que establecía un claro paralelismo con la historia europea, como una clave ideológica liberal-reformista que establecía una línea de continuidad histórica entre los ideales de la Revolución de Mayo y el presente. De este modo, en su análisis del proceso histórico argentino Agosti no solo era víctima, como sugiere Aricó, del “espejismo de la revolución agraria que desde los treinta obsesionaba a los comunistas”, sino que se inscribía en una tradición intelectual que superaba los límites de la estrechez teórica de su partido.<sup>12</sup>

A esta genealogía intelectual que une a su maestro Aníbal Ponce con José Ingenieros y a este con Echeverría y la Generación del '37, Agosti sumará un punto de vista para evaluar el modo en que el marxismo debía enfrentarse a una realidad diferente de aquella que estaba destinado a interpretar. Es decir, lo que ahora denominamos el problema de la recepción. Michel Löwy ha señalado que el recorrido del marxismo en América Latina se vio amena-

zado por dos tentaciones opuestas: de un lado, el exotismo indioamericano, que tiende a absolutizar la especificidad del subcontinente al punto que termina por enjuiciar al marxismo por su carácter excesivamente europeo; del otro, el europeísmo, que se limita a trasplantar los modelos de desarrollo histórico de las sociedades europeas estudiados por Marx y Engels al análisis de las realidades latinoamericanas, buscando continuamente equivalentes que sostengan las hipótesis teóricas y negando cualquier particularidad local. Todo el período comprendido por la hegemonía estalinista estuvo dominado, según Löwy, por este segundo enfoque, que es el punto de partida para la caracterización feudal de las formaciones económicas latinoamericanas y, en consecuencia, para el etapismo que dominó la política comunista.<sup>13</sup>

A través de la figura de Esteban Echeverría, Agosti realizará una inflexión sobre este modelo europeísta en la que toma especial relevancia la dimensión ideológica y, por lo tanto, el problema de la función de los intelectuales. Para Agosti, el carácter universal del pensamiento europeo y, por lo tanto, de los procesos de transformación social, era incuestionable y su influencia en las regiones atrasadas ineludible, aunque sometida a peripecias particulares. Por esta razón, la teoría del “paralelismo histórico”, proclamada por primera vez por el autor del **Dogma Socialista** y replicada por José Ingenieros cien años después, constituía un programa político-intelectual específico: dado que el pensamiento originado en Europa debía *necesariamente* ejercitar una acción de “desquicio” en los países atrasados, la función de las elites ilustradas era establecer sobre cada terreno nacional las causas concretas que determinaban su “anomalía” respecto a las líneas “lógicas” del desarrollo histórico y, sobre esta base, articular los principios rectores de la “voluntad” de su transformación a partir de una batalla a la vez ideológica y política.<sup>14</sup>

Echeverría enseña la verdad de esta conexión universal de los sucesos revolucionarios, y frente a ciertas meditaciones ilusorias de la historia va a probarnos que las ideas no viven en compartimentos clausurados por fronteras nacionales, y que reproducen sus mismos efectos a poco que sus mismas causas originarias reaparezcan sobre otras latitudes. Más aún: va a probarnos que el pensamiento es en sí mismo “engendrador de la revolución”, en tanto “no es un pensamiento aislado, parto solitario de la razón, sino una concepción racional deducida del conocimiento de la historia, y del organismo animado de la sociedad”.<sup>15</sup>

Este es el motivo por el cual la irreductibilidad del problema argentino a la dinámica de los modelos teóricos europeos, adopta en Agosti la figura del drama. En tanto que la condición dramática del país responde a causas históricas concretas —el abandono de los

<sup>11</sup> Ricardo Pasolini, “Crítica erudita y exaltación antifascista. Acerca de la obra de José Ingenieros ‘historiador’”, en *Prismas*, n° 11, 2007, pp. 87-107; del mismo autor *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

<sup>12</sup> Cfr. Aricó, *op. cit.*, p. 57. Esta interpretación de los procesos históricos latinoamericanos excede incluso los límites nacionales, como lo ha demostrado Rafael Rojas al analizar el “mito de la revolución inconclusa” que atravesó el pensamiento político cubano, incluida la izquierda marxista. Cfr. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006. 2005, pp. 61 y ss.

<sup>13</sup> Michel Löwy, *El marxismo en América Latina (De 1909 a nuestros días)*. *Antología*, México, Era, 1980. p. 12.

<sup>14</sup> Sobre la cuestión de la síntesis entre el pensamiento europeo y el conocimiento de la realidad nacional en la obra doctrinaria de Esteban Echeverría así como del esquema interpretativo liberal-progresista de la Revolución de Mayo como un antagonismo entre una tradición progresiva y otra reaccionaria consultar Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 60-69.

<sup>15</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 13.

principios de Mayo por una burguesía declinante e incapaz de cumplir su misión histórica— el correcto diagnóstico de esas causas es el primer paso hacia su solución y demuestra que el drama no es ineluctable, pues no es del orden metafísico. A diferencia del ensayo de interpretación nacional que desde la década del '30 comprendía el proceso argentino bajo el tono fatídico de las “invariantes psicológicas” y desembocaba en un nacionalismo de carácter esencialista, el programa echeverriano le permitía a Agosti apelar a una interpretación “realista” del problema nacional que no rechazaba el carácter universal de los procesos de transformación social sino que reconocía en éstos las particularidades locales.

Esta operación de reconocimiento de lo específico en el proceso universal, es lo que, en su opinión, evitaría el mero plagio o trasplante, puesto que obligaba a observar la realidad para deducir de allí las condiciones objetivas que servirían de base a la *voluntad* de su transformación. Así, realizará un diagnóstico sobre la cuestión nacional que si bien plantea el momento de la determinación económica (la revolución burguesa desmontando la arquitectura colonial y fundando otro tipo de relaciones sociales) concibe su solución en términos fundamentalmente *ideológicos*, o más precisamente, como una lucha ideológica tendiente a unificar la nación a partir de una tradición revolucionaria opuesta a la “contrarrevolución” y dispuesta a sustituir las formas de civilización feudal en todos los ámbitos de la vida nacional. Esto es, la lucha entre dos principios. La importancia asignada a los intelectuales y a la cultura en este proceso es lo que distingue a Agosti de otras interpretaciones comunistas del pasado argentino y constituye el punto de mayor operatividad del voluntarismo gramsciano.

Toda revolución o transformación necesita principios y no admitir esto equivale a negar al hombre como sujeto activo de la historia y mantener residuos de fatalidad o mecanicismo en la maduración espontánea de las condiciones objetivas.<sup>16</sup>

En la constante dialéctica entre las ideas y la realidad, el intelectual opera introduciendo la historia en la ciencia, esto es lo que Agosti llama “realismo crítico”.<sup>17</sup> Se trata de un realismo doctrinario opuesto a la pura demagogia o al mero eclecticismo, pues opera mediante el conocimiento de las leyes de la evolución social con el propósito de actuar sobre las masas para elevarlas al conocimiento de esas mismas leyes y, al mismo tiempo, se mide constantemente con la realidad que le impone a esa doctrina estímulos y correcciones. Pero el intelectual “realista crítico”, en tanto se transforma en un revolucionario, es portador de un “ideal ético” que se trasunta en una capacidad de anticipación y una voluntad de transformación, y en este sentido, como lo fue Echeverría, es un romántico. Tal como había definido la misión del escritor en su conferencia “Defensa del realismo” de 1945, para Agosti los intelectuales cumplen una función de aceleración de las condiciones objetivas siempre y cuando sean capaces de presentar ante la conciencia de las masas una visión del futuro posible.<sup>18</sup>

Entre escribir la historia y hacer la historia sin duda es preferible hacerla. Echeverría es, por esencia, el hombre que pugna por hacer la historia. Pero todo hombre que se empeña en hacer la historia es necesariamente alguien que se desvela por injertar en la realidad concreta esa partícula de sueño que la torna transformable. Soñar en las realidades ¿no era para Lenin el atributo de un revolucionario verdadero? Echeverría se nos muestra así como un soñador de realidades, como un recomponedor y transformador de realidades: como un hombre de este tiempo ardientemente volcado hacia el futuro y prohibido por lo mismo para todas las afrentas de la reconstitución imposible del pasado.<sup>19</sup>

En definitiva, la revolución interrumpida se manifestó en el orden cultural bajo la forma de un hiato entre la inteligencia y la realidad concreta del país porque la contrarrevolución inoculó los resabios de la Colonia en todos los órdenes de la vida nacional y obtuvo la dialéctica posible entre la teoría y la historia, es decir, el “realismo crítico” mediante el cual se desbrozan los obstáculos que impiden la inevitable universalización de los procesos de transformación social. La inteligencia argentina vivió el drama de estar unida a una clase incapaz de cumplir su función histórica y cayó presa de la hegemonía cultural de la oligarquía, abandonado su tradición militante y encaminándose hacia una creciente aristocratización. El problema de la función ideológica de los intelectuales en el contexto de una revolución burguesa que debía realizarse a pesar de la burguesía realmente existente, constituirá en adelante un punto nodal del análisis de Agosti, puesto que el progresivo distanciamiento con la tradición liberal lo conducirá a una reconsideración tanto del propio carácter de la revolución como de las formas de relación entre la cultura popular y el mundo letrado.

## Años intensos

Luego de participar activamente en el Congreso Continental de la Cultura, que reunió en Santiago de Chile, en junio de 1953, a una constelación de grandes escritores y artistas latinoamericanos, Agosti viaja por primera vez, a los 42 años, a la URSS. En el mismo trayecto visita China, lo que le producirá un enorme impacto, luego acrecentado por la nueva política cultural que el comunismo chino desarrolla después del XX Congreso del PCUS, en la que se alienta la diversidad de corrientes estéticas, artísticas y filosóficas así como la libertad de expresión y creación en un gesto de clara ruptura con el zhdanovismo que pocos años después será clausurado por la Revolución Cultural.<sup>20</sup>

En setiembre de 1956, en el mismo momento en que el mundo

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 18-19.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>18</sup> Héctor P. Agosti, *Defensa del realismo*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1945.

<sup>19</sup> Agosti, *op. cit.*, pp. 20-21 (resaltado en el original).

<sup>20</sup> El “arrebato de entusiasmo chino” que Agosti declaró en su informe sobre los intelectuales de 1956 también se hizo evidente en las páginas de *Cuadernos de Cultura*, publicación que siguió de cerca la nueva política cultural a través de la traducción de varios textos sobre el tema, incluyendo un dossier que bajo el título “¿Qué cien flores se abran de una vez!” reúne las principales intervenciones del debate sobre la literatura y el arte del período. Cfr. *Cuadernos de Cultura*, n° 33, diciembre de 1957.



descubría los crímenes del estalinismo y el culto a la personalidad denunciados por Nikita Jruschov en el XX Congreso del PCUS, Agosti presenta el informe central de la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas, donde por primera vez presentada un abordaje razonado y sistemático de una cuestión que sin embargo no le era ajena: el rol de los intelectuales en la estrategia partidaria y la función de la cultura en los procesos de emancipación social. Punto de llegada de una batalla personal contra el “sectarismo” y el “sociologismo vulgar” que dominaba la crítica comunista, este texto, integrado al libro **Por una política de la cultura** (1956), trascendió las fronteras nacionales y fue recibido elogiosamente por otros intelectuales comunistas latinoamericanos, entre ellos el economista brasileño Caio Prado Jr., quien le dedicó una extenso comentario en su **Revista Brasiliense**.

Paralelamente, se presenta como candidato a diputado nacional en dos oportunidades, sin más suerte que la de terminar nuevamente en la cárcel, lo que no le impide mantener un riguroso programa de lecturas políticas y literarias. La difícil tarea de combinar las demandas de la militancia política y su pasión por los libros, sumado a la necesidad de ganarse la vida como traductor, periodista y profesor de escuelas secundarias, son objeto de amargos balances, sobre todo frente a la productividad de algunos de sus amigos cercanos, como Ezequiel Martínez Estrada. El contexto político, además, era poco propicio para la concentración escritural. A partir de los sucesos de Hungría no solo debió asumir públicamente la defensa de la invasión soviética frente a la condena de los intelectuales liberales, sino que también debió encargarse del frente interno, asumiendo el dictado de diversos cursos entre intelectuales y profesionales del partido con el objeto de “reforzar la lucha ideológica”.<sup>21</sup> En 1958 viaja a la Alemania Democrática para celebrar su décimo aniversario y visita la URSS por segunda vez. A partir este viaje estrecha contacto con el mundo cultural soviético, lo que se traduce en colaboraciones con revistas de Berlín, Praga y Moscú.<sup>22</sup> En las elecciones de 1958 que terminan con el triunfo electoral de Arturo Frondizi es candidato a diputado nacional. Ese mismo año, en vísperas del XII Congreso del PCA que debía realizarse en el mes de junio, corrieron rumores de que sería encumbrado en las “más altas posiciones” como producto de un movimiento de renovación interna que había forzado el apoyo del partido a la candidatura de Frondizi frente a la “posibilidad de extinguirse”.<sup>23</sup> El Congreso nunca se realizó y fue postergado por cinco años, pero el triunfo electoral del candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) le parece a Agosti el inicio de un nuevo curso para la historia del país y, personalmente, la posibilidad de una proyección nunca experimentada:

Para nosotros, para quienes subimos a la hombridad en 1930, esto no deja de ser emocionante. Tiene alguna emoción saber que podrán forjarse planes sin temor de deshacerlos al día siguiente. ¡Planes sin temor! Toda mi vida se ha consumido realmente en esta incertidumbre [...] Pienso que pueden acercarse para nosotros momentos decisivos, si sabemos movernos con soltura en ese mar de contradicciones abierto en el país. Canitrot me decía anteayer: harán muchas cosas si han aprendido verdaderamente el 20º congreso, si no lo repiten simplemente como una composición escolar de sexto grado. ¿Lo hemos aprendido? A veces pienso que no. Veo aún dureza en los planteos, sectarismo, estrechez mental y pienso que esto ya no es simplemente una cosa teórica para nosotros. Es algo vital, nos va en ello nuestro mismo existir, pues ya vamos rondando los cincuenta años y no podemos estar equivocándonos nunca, sin llegar nunca, empezando siempre.<sup>24</sup>

El entusiasmo dura demasiado poco. La “ignominiosa traición” de Frondizi cierra sombríamente el ciclo esperanzador que avizoraba Agosti en el mismo momento en que son publicados **Nación y Cultura** y **El Mito Liberal**. Desde entonces, con el partido nuevamente ilegalizado y perseguido, centra su atención en lo que David Viñas llamó la “generación traicionada” y en el nacimiento de formaciones de izquierda que crecen por fuera y contra el comunismo y el socialismo. En 1961 participa como responsable político del grupo comunista que desembarca en la revista **Che**, entre ellos Juan Carlos Portantiero e Isidoro Gilbert, publicación originalmente impulsada por jóvenes militantes del Partido Socialista Argentino que se propuso como un vehículo de articulación política entre el peronismo y las izquierdas desde una perspectiva revolucionaria y que adoptó un marcado tono cubano y antiimperialista.<sup>25</sup>

Precisamente, la irrupción en el escenario latinoamericano de la Revolución Cubana suma un elemento novedoso a los reacomodamientos moleculares que se estaban produciendo en el campo de las izquierdas, pues venía a cuestionar el núcleo mismo de las caracterizaciones comunistas sobre la revolución latinoamericana. Si bien el partido saludó desde un principio el movimiento que había derrocado al dictador Fulgencio Batista y expresó su solidaridad con el “heroico pueblo” cubano, mantuvo siempre, incluso más allá de 1961, cuando Cuba declaró su revolución como socialista y se cobijó en el marxismo leninismo, serias divergencias sobre la cuestión de la lucha armada. Sin embargo, el acercamiento de Cuba a la URSS supuso para los comunistas la posibilidad de apropiarse de una experiencia que despertaba el entusiasmo de amplios sectores progresistas y de izquierda, pues venía a confirmar que una revolución podía ser hecha sin comunistas pero, al menos, no podía mantenerse sin ellos. Tal vez por su afinidad juvenil por Mella y por los lazos de amistad que lo unían a intelectuales cubanos como Juan Marinello y Nicolás

<sup>21</sup> En su archivo se conserva el material de un cursillo sobre el problema del Estado, dictado en forma conjunta con Rodolfo Ghioldi y que se desarrolló a mediados de 1957. Archivo HPA/CeDInCI, Caja 2 Carpeta “Papeles personales”.

<sup>22</sup> Un detalle de los artículos producidos por Agosti entre 1928 y 1966 puede consultarse en su archivo personal bajo el título “Opera Omnia. Índice General”, Archivo HPA/CeDInCI.

<sup>23</sup> “¿Renovación comunista?, **Qué sucedió en siete días**, Buenos Aires, año IV, n° 180, 6 de mayo de 1958. El contenido del artículo fue desmentido por la prensa comunista “Qué, maledicencia de poca monta”, en **Nuestra Palabra**, 8 de mayo de 1958, p. 5.

<sup>24</sup> Diario personal inédito, pp. 222-223.

<sup>25</sup> Cfr. María Cristina Tortti, **Che. Una revista de la nueva izquierda**, Buenos Aires, CeDInCI, 2013.

Guillén, Agosti celebró desde un principio el proceso cubano y escribió varios artículos elogiosos en *Cuadernos de Cultura*, donde lo definía como un modelo para los demás pueblos latinoamericanos y llamaba a los intelectuales argentinos a cumplir su función de esclarecimiento frente a los ataques que la isla recibía desde el frente occidental.<sup>26</sup> Pero además, el proceso cubano tenía para Agosti un valor testimonial en el terreno específico de la cultura, pues se trataba de una revolución que, finalmente, venía a demostrar que nacionalismo y marxismo podían fusionarse y que los intelectuales era capaces de jugar un papel primordial en la tarea de dotar al Estado de un programa que conjurara la democratización cultural y la dirección ideológica. Como ha señalado Rafael Rojas, el ingreso de los intelectuales comunistas al gobierno comandado por Fidel Castro demostró que, entre todos los grupos que formaron el amplio espectro de la oposición a Batista, eran los comunistas los únicos capaces de ofrecer un proyecto cultural, económico e ideológico consolidado. Por otro lado, comunistas de la primera generación como Juan Marinello, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Regino Pedrozo leyeron la revolución como “el desenlace político del movimiento cultural vanguardista que ellos habían protagonizado tres décadas atrás”<sup>27</sup> y en no pocos casos coincidían con las preocupaciones de Agosti sobre la irreverencia de las nuevas generaciones.

He leído con la mayor atención lo que dices sobre esa actitud de gallarda irreverencia de los muchachos argentinos –le escribía Marinello en 1961. Lo que aquí es, naturalmente, más intenso, ya que fueron los jóvenes los que hicieron la revolución.<sup>28</sup>

Por último, la imagen de una revolución que “mimaba” a sus intelectuales y, al mismo tiempo, desterraba el analfabetismo en un país hasta ayer sumergido no podía sino entusiasmar a un hombre como Agosti, convencido de que ningún proceso de transformación social podría realizarse sin una reforma cultural que le otorgara principios y dirección.

### Nación y neomarxismo

Después de tres años de trabajar en el que desde los inicios de su escritura consideraba su libro, Agosti publica *Nación y Cultura* a principios de 1959. Existe una plena coincidencia en señalar que, con esta obra, su trabajo ensayístico toma un giro decidido hacia la tematización de lo nacional y la ruptura con la tradición liberal. Uno de los primeros en presentar esta interpretación fue Juan José Hernández Arregui, quien no sin sarcástica complacencia tipificó en la persona de Agosti la revisión que la “izquierda liberal” se había visto obligada a encarar frente a las presiones del pensamiento nacional y popular.<sup>29</sup> Para el autor de *La Formación de*

*La conciencia nacional*, el libro de Agosti representaba un giro tan formidable que consideró necesario dedicar varias páginas de su libro a señalar los aspectos positivos de ideas “antes jamás sostenidas” pero cuya deuda con los escritores nacionalistas le resultaba evidente. Estas aseveraciones polémicas deben ser matizadas, pues si resulta claro que la obra de Agosti se inserta en un universo discursivo dominado por la temática nacional y los motivos antiimperialistas, lo es menos que los temas tratados en estos libros fueron completamente nuevos. Por el contrario, repiten varias de los tópicos clásicos de su ensayística: la ausencia de una revolución democrático-burguesa como núcleo dramático de la historia argentina, la reivindicación de la Generación del '37 y de su programa político-intelectual, la centralidad de la inmigración en la conformación de la cultura nacional, la valorización de las tradiciones culturales... *Nación y Cultura*, sin embargo, integra estas preocupaciones sobre algunos elementos novedosos que sugieren una línea de reflexión tanto más atenta a la cuestión nacional como a ciertas manifestaciones de la cultura popular hasta entonces apenas esbozada en su ensayística. Bajo el prisma de Gramsci, Agosti emprende un costoso intento por comprender ese mundo popular marcado por la presencia de una clase obrera que si en 1945 había apoyado a Perón ahora demostraba su lealtad resistiendo todos los intentos de despersonización con una notable conciencia de clase y capacidad organizativa. En ese contexto, la tematización de los intelectuales también es objeto de un desplazamiento, pues la confianza en las elites liberales deja paso al señalamiento de la emergencia de una nueva elite, aún embrionaria pero palpable en diversos terrenos, particularmente en la literatura.

El antiimperialismo será un elemento central de esta reconsideración, que sin embargo retomaba motivos ya desarrollados, entre ellos la idea de que la cultura argentina se caracterizaba por una crisis en dos dimensiones. La primera, de orden material, consistía en la incongruencia entre el desarrollo de nuevas fuerzas productivas y la pervivencia de relaciones de producción atrasadas como consecuencia del fracaso de la burguesía en la consolidación de una nación moderna. Pero lejos de estancarse, agregaba, la sociedad argentina había evolucionado, y nuevas fuerzas productivas habían crecido por la intervención del imperialismo, el que al mismo tiempo que deformaba las “líneas lógicas” del desarrollo nacional introducía relaciones capitalistas en ciertas zonas geográficas y productivas, dando lugar a la emergencia de un proletariado urbano altamente concentrado en la zona metropolitana.<sup>30</sup> El advenimiento del proletariado a la vida económica nacional constituía para Agosti un hecho de cultura insoslayable pues debía leerse en paralelo a la existencia de una burguesía débil e incapaz que nunca logró imponer un programa cultural que rompiera con el imaginario pastoril de las elites oligárquicas. Como consecuencia de esta característica estructural, la crisis de la cultura argentina poseía una segunda dimensión, ideológica, que se manifestaba bajo la forma específica del divorcio entre las minorías intelectuales y el pueblo. En esta dimensión, el imperialismo jugaba un papel principal pues constituía un factor permanente

<sup>26</sup> Héctor P. Agosti, “Nuestro deber hacia Cuba”, en *Cuadernos de Cultura*, n.º 49, setiembre-octubre de 1959, pp. 1-4.

<sup>27</sup> Rojas, *op. cit.*, p. 171.

<sup>28</sup> Carta de Juan Marinello a Héctor P. Agosti, La Habana, 25 de diciembre de 1961, Archivo HPA/CEFMA.

<sup>29</sup> Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, [1960] 1973, pp. 454 y ss.

<sup>30</sup> Héctor P. Agosti, *Nación y Cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1959, p. 10.



de desnacionalización que reforzaba la dimisión burguesa de sus funciones nacionales y aumentaba el proceso de aristocratización de las elites intelectuales. Para Agosti, la "falsa conciencia" que caracterizaba el trabajo intelectual en el modo de producción capitalista se duplicaba bajo las condiciones de un país dependiente, porque así como le obstaculizaba al intelectual comprender que su trabajo en el mundo de las ideas era consecuencia de un sistema muy concreto de relaciones económicas, creaba los mecanismos para que creyera que los motivos del atraso nacional respondían a una incapacidad congénita para el gobierno propio.<sup>31</sup> Esta conciencia doblemente falsa —o doblemente alienada— requería de una inflexión nacionalista para que el intelectual pudiera religarse con el pueblo y asumir el papel organizador de la nueva cultura que ya se manifestaba entre las torsiones moribundas de la vieja estructura cultural.

A poco de andar, tales mecanismos condicionan una naturaleza ideológica adaptada a las necesidades de la dimisión nacional. La falsa conciencia duplica de esta manera la apostasía porque traslada al plano de la nacional lo que intrínsecamente venía desbaratándola en el abrupto territorio de lo social. Podría decirse que esas realidades disminuidas representan, lo queramos o no, nuestra cuota gentilicia intransferible, y si bien es cierto que a la historia no podemos recibirla con beneficio de inventario, no es menos cierto que el nacionalismo que aquí se reclama nada tiene que ver con la mención abundante de los símbolos o con la restauración cultural que quisiera cerrarse ante los avances del mundo social. Muchas de estas pregonadas restauraciones, por otra parte, se colocan en el nivel limitado de la evocación folclórica y si acaso censuran a los actores locales de la dimisión nacional, lo es más por la forma de los episodios culturales que por el contenido mismo de la sociedad donde tales episodios se originan [...] Porque quienes mantienen el deslumbramiento ante las potencias imperiales y los persistentes mitos de nuestra inferioridad, tanto como los que hablan a veces de restaurar una cultura en naftalina, conservan inalterada la condición del campo argentino y hablan acaso contra los inmigrantes, aunque nunca (o pocas veces) contra los barones de la banca extranjera. Las viejas estructuras siguen imponiéndoles sus marcas mentales.<sup>32</sup>

Las elites intelectuales argentinas se habían demostrado incapaces, en la opinión de Agosti, de interpretar los cambios estructurales que habían llevado a la consolidación de una clase obrera que, a diferencia de las primeras décadas del siglo, se había nacionalizado y hecho más compacta y concentrada, incorporán-

dose de modo definitivo a la vida política del país. En realidad, concluía, desde el punto de vista de su vocación nacional la burguesía argentina había sido incapaz de constituir su propio grupo de intelectuales y la dirección cultural había quedado en manos de sectores a-nacionales o directamente antinacionales como el grupo de la revista *Sur* o el suplemento del diario *La Nación*, cuya incapacidad para dirigir el proceso abierto por la incorporación política de las masas era notoria y se manifestaba bajo la forma de una crisis de hegemonía, evidente tanto en la caducidad de los elementos instrumentales de la cultura (como el arte y la literatura) como en sus elementos jurídicos y morales.

La quiebra actual de las normas jurídicas tradicionales del país (y sus revueltas costumbres, como dicen los editorialistas serios) implica la exteriorización más visible, y al mismo tiempo más profunda, de la llamada crisis cultural, puesto que indica hasta qué punto los antiguos mecanismos del poder resultan ya inservibles para ordenar la opinión pública de manera homogénea.<sup>33</sup>

Esta crisis era producto de una profundización de las contradicciones de clase debido a la presencia de una clase obrera más homogénea y estructurada desde el punto de vista social y nacional y, por lo tanto, dispuesta a asumir las tareas nacionales que la burguesía no pudo ni quiso cumplir, desdeñando un papel histórico que ya no le pertenecía. El deslizamiento desde los motivos de la revolución democrático-burguesa hacia una revolución pensada en términos socialistas es evidente:

La paradoja del proceso argentino consiste en que las formas históricas de la civilización burguesa habrán de ser establecidas inicialmente por el proletariado al frente de la nación entera. Pero esta civilización burguesa no será la clásica que pudieron soñar los hombres de nuestra emancipación americana. Por la presencia activa de la clase obrera es ya una civilización burguesa a medias, prólogo de la civilización socialista. La comunidad de cultura no es ajena a esta divergencia ni a esta integración.<sup>34</sup>

Como ha señalado Guillermina Georgieff, con *Nación y Cultura* y *El Mito Liberal* Agosti ingresó en esa franja de intelectuales políticos que desde la década del '50 emprendieron desde el marxismo una indagación sobre la cuestión nacional que constituyó uno de los rasgos más salientes del campo intelectual de la época.<sup>35</sup> Sin embargo, a pesar de las innovaciones que el análisis de Agosti aportaba a la crítica comunista —y solamente a ésta—, fue recibido con más indiferencia que celebración. Uno de las pocas críticas que se ocupó seriamente de *Nación y Cultura*, la que publicó Francisco Solero desde las páginas de *La Nación*, concluía que detrás de la retórica gramsciana y a pesar de sus esfuerzos por complejizar el abordaje de los problemas culturales, Agosti seguía adherido a una matriz economicista que pensaba la cultura como un mero epifenómeno de las estructuras económicas.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 192. Agosti explica el problema de la "falsa conciencia" intelectual tomando como punto de partida la citada frase de Engels en su "Carta a Mehring" del 14 de julio de 1893: "La ideología es un proceso llevado a cabo por el llamado pensador, conscientemente, sin duda, pero con una falsa conciencia. Los motivos reales que lo impulsan le siguen siendo desconocidos, porque si así no fuera no habría absolutamente ningún proceso ideológico. Por eso imagina motivos falsos o aparentes. Como se trata de un proceso mental, el pensador extrae tanto su forma como su contenido del puro pensamiento, ya sea el suyo o el de sus predecesores", en Karl Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1972, p. 423.

<sup>32</sup> Agosti, 1959, *op.cit.*, pp. 192-193.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 138.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 131

<sup>35</sup> Guillermina Georgieff, *Nación y Revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 13 y ss.

En los años siguientes, Agosti combinará sus intentos de renovación partidaria con una marcada preocupación por la emergencia de una “nueva izquierda” que se colocaba cada vez más lejos de la órbita del partido o directamente contra él. En los últimos meses de 1960, organizó un número especial de **Cuadernos de Cultura** que bajo el título “¿Qué es la izquierda?”, anunciaba su decisión de conmemorar el cuadragésimo aniversario de la Revolución Rusa asumiendo el desafío de confrontar el “marxismo viviente”, encarnado en la URSS, con las distintas manifestaciones de esa neoizquierda cuya valoración del mundo socialista era dudosa cuando no directamente negativa.<sup>36</sup> En su propia intervención, plantea el problema desde el punto de vista de sus fundamentos teóricos, advirtiendo no sin sagacidad que la neoizquierda adoptaba los rasgos de un neomarxismo que se nutría de fundamentos ajenos, cuando no contrarios, al marxismo-leninismo de corte soviético y que, por lo tanto, su “peligrosidad” iba más allá de la coyuntura política argentina.<sup>37</sup> La llamada nueva izquierda, afirmaba, debía evaluarse como un producto de la “crisis del marxismo”, cuyo principal soporte intelectual era el Sartre de **Cuestiones de Método**, una postura anticomunista bajo la forma de una crítica a la ortodoxia. Amalgama de existencialismo, fenomenología, “sociologismo weberiano”, “abstractismo artístico” y “dramaticidad psicoanalítica”, el neomarxismo se unificaba en torno al humanismo, que ofrecía ocuparse de los hombres que el marxismo oficial había abandonado. Para Agosti, el resultado de semejante operación era un marxismo psicologista e impregnado de eticidad –cuyos exponentes locales más logrados eran para él León Rozitchner y Noé Jitrik– que, sin embargo, tenía el mérito de constituir un avance frente al individualismo y el ontologismo de las filosofías tradicionales.<sup>38</sup> La evolución de las filosofías de la existencia hacia el marxismo, afirmaba, venían a indicar tanto la muerte de la filosofía pura como la crisis del pensamiento burgués. En el contexto de la cultura argentina, estos rasgos eran asimismo celebrables pues indicaban una modificación de los modelos intelectuales clásicos de las elites dirigentes, que desde la derecha hasta el liberalismo habían demostrado una total ignorancia del marxismo. Estas nuevas manifestaciones de la cultura letrada tenían el mérito de conocer el marxismo, aunque desde una postura simplemente intelectualista. Para los neoizquierdistas era más determinante que la filosofía marxista se midiera con el existencialismo, el psicoanálisis y otras variantes de la “cotorrería intelectual”, que el hecho de que el marxismo militante hubiera construido un nuevo sistema de civilización. Se trataba, en fin, de una suerte de “marxismo de cátedra” redimido que operaba escindiendo el marxismo de su capacidad transformadora. Este era el origen del antileninismo de la nueva izquierda.

La teoría del partido de la clase obrera aparece suplantada por un socialismo humanitarista y por una búsqueda abstracta de la autoconciencia de ser. A veces se formula un programa (como, por ejemplo, en **El Grillo de Papel**): luchar contra la ortodoxia del Partido Comunista. A veces, también, se exalta unilateral-

mente a un Marx joven y humanista frente a un Marx de duras sociologías posteriores, y se manejan citas aisladas, a las cuales podrían oponérsele, fundamentalmente, otras muchas citas presentadas en su contexto. Ello implicaría, según dijimos, internarnos en el juego de la intelectualización de la filosofía, cuando lo fundamental es vivir la practicidad de la filosofía. La incompatibilidad entre la ideología burguesa y la ideología socialista es, en este terreno, irreductible.<sup>39</sup>

Porque el neomarxismo era antileninista en muchos sentidos, resultaba fundamental afirmar el carácter leninista del marxismo contemporáneo y, por lo tanto, de la teoría del partido. Esto suponía combatir en el terreno filosófico los dos tesis fundamentales del humanismo neoizquierdista: la crítica a la teoría del reflejo y la elevación de la noción de alienación como clave de la filosofía marxista y punto central de su desarrollo congruente. Ambas dimensiones estaban relacionadas puesto que la postulación de la revolución como un hecho de conciencia solo era válida si se aceptaba que esa conciencia debía ser introducida en el proletariado desde afuera y que esta tarea solo podía ser obra de intelectuales socialistas y revolucionarios que adquirirían esas cualidades en el seno del partido de la clase obrera, es decir, del “intelectual colectivo” según la definición de Gramsci. Pero resultaba que la neoizquierda pretendía erigir su “marxismo abierto” no solo valiéndose del existencialismo y del psicoanálisis, sino que llegaba al punto de querer utilizar al mismo Gramsci como portavoz de la “flexibilidad marxista” frente al “marxismo ortodoxo”. Este, precisamente, era el movimiento que sus propios discípulos estaban realizando en el marco de la brecha abierta en el partido por él mismo.

En 1963, cuando salga a la luz el primer número de la revista **Pasado y Presente**, publicación que contó con su venia, las autoridades partidarias expulsarán a sus integrantes bajo la acusación de revisionistas y renegados.<sup>40</sup> Agosti mantuvo un silencio público demasiado explícito como para permitirle ingresar al poco tiempo al Comité Central del PCA, aunque con ese hecho haya cerrado el ciclo más interesante de su producción político-intelectual. Hasta su muerte en el invierno de 1984, permaneció en el partido al que le había dedicado su vida y su intento de renovación política y doctrinal languideció. Tipo particular de heterodoxia en la ortodoxia, el itinerario de Agosti es menos interesante por lo que tiene de excepcional que por ser un caso ejemplar para observar las aporías y desgarramientos que atraviesan la figura del intelectual de partido.

<sup>36</sup> “¿Qué es la izquierda?”, en **Cuadernos de Cultura**, n° 50, noviembre-diciembre de 1960, pp. 1-99. El dossier fue luego publicado bajo el mismo título en forma de libro por la editorial Documentos en 1961.

<sup>37</sup> Héctor P. Agosti, “La ‘crisis’ del marxismo”, en *Ibidem*, pp. 45 y ss.

<sup>38</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 47.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 56-57.

<sup>40</sup> Para el tema ver Raúl Burgos, **Los gramscianos argentinos. Política y cultura en la experiencia de Pasado y Presente**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004 y Adriana Petra, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero, **Culturas Interiores. Córdoba en la Geografía nacional e internacional de la cultura**, La Plata, Al Margen, 2010.